

JOSÉ MARÍA HEREDIA EN EL ROMANTICISMO HISPÁNICO

Poco queda por estudiarse en la obra o la vida de José María Heredia. Quizá algún detalle necesite aún aclaración o confirmación; pero, en general, es su biografía una de las pocas bien estudiadas en la erudición hispanoamericana, y ha recibido su obra continua atención crítica desde su aparición. Lo que no quiere decir que la crítica actual no pueda o no deba volver a examinar el valor de su poesía para la mente contemporánea o que no se pueda tratar de rectificar errores históricos en nueva perspectiva, como se ha hecho en estudios recientes.¹

Una vez aceptada, sin embargo, la perspectiva nueva, establecida la cronología, ordenados los hechos, parece necesario todavía precisar el puesto que ocupa la obra de Heredia en la evolución de la literatura hispánica. Los encomios profusos, lo mismo que los estudios de detalle, no pueden ni siquiera acercarse al problema de tratar de señalar la función de su obra en la historia común de la literatura del idioma. Aparece Heredia generalmente como un gran poeta cubano o como el iniciador del romanticismo en su país, sin referencia alguna a su existencia en la totalidad de la cultura que un día representó y guió con su palabra juvenil.

Para aquilatar debidamente lo que la literatura le debe a Heredia, es necesario primero librarse de conceptos falsos que han llevado al crítico a jugar un ajedrez histórico de metáforas de poco significado. Se habla de un romanticismo que irrumpe o penetra en la cultura como si fuera una fuerza independiente de los escritores o una manera de sentir que aparece como una epidemia en determinado lugar; y al primer enfermo se le da la enhorabuena por el dudoso talento de sentir de una manera nueva. Para recobrar la serenidad y poder estudiar el pasado en su devenir, tendremos que preocuparnos menos por la manera de sentir de los poetas de ayer —la repetimos en nosotros, en la lectura, al leerlos y no necesita estudio, puesto que está viva en nosotros— y más por los hechos históricos como sucedieron.

¹ Por ejemplo, MANUEL PEDRO GONZÁLEZ en *José María Heredia, progenitor del romanticismo hispano*, México, 1955; y Jorge Mañach, "Heredia y el romanticismo", en *Cuadernos Hispanoamericanos*, LXXXVI (1957), 195-220.

Sólo entonces podremos situar una obra en su momento como lógicamente posible, puesto que ha existido, y valorar su contribución al pensamiento de la lengua.

Dejando de lado vagas nociones que igualan al romanticismo con aspiraciones sentimentales o predilecciones temáticas, habrá que reducir por el momento el término a su sencillo valor histórico. El período romántico, el movimiento romántico, es un hecho de la cultura occidental que ocurre a comienzos del siglo XIX. En él los escritores de habla española tuvieron un papel poco descollante. Fueron en su mayoría receptores y seguidores. En América, sin embargo, debido a las circunstancias especiales del continente, a pesar de seguir o hasta imitar a los europeos, les cupo a los escritores románticos la misión nueva de iniciar nacionalidades.

No hay que olvidarse, a pesar de todo, de la continuidad del pensamiento europeo y americano. Y en el caso particular que nos interesa hoy, es preciso recordar que lo que se trata de indicar es el lugar de la obra de Heredia dentro del romanticismo, al que pertenece el poeta por el simple hecho de haber vivido en su época. Habrá que establecer en un estudio de esta índole la relación de Heredia con la literatura anterior, los medios o los intermediarios de que se sirvió para llegar a conocerla, y, después, hasta qué punto influyó su ejemplo en los poetas que lo siguieron inmediatamente.

Es bien sabido que los jóvenes de comienzos del siglo XIX deben su primera instrucción a los hombres maduros del momento, los cuales les señalan como modelos literarios los escritores latinos y, dentro de la lengua, una selección muy restringida, cribada por los gustos del siglo XVIII. Nada hay de extraño en ello, y no es casualidad que Heredia recibiera una esmerada educación clásica, de la que nunca quiso olvidarse. Pero, en un momento de su vida, debe de haber pasado a través de una experiencia literaria que haría posible poemas como "En el *Teocalli* de Cholula", "En una tempestad" y "Niágara". Para definir en qué consiste este cambio, será necesario fijar primero las fechas de composición de estas poesías para poder luego relacionar hechos de la vida del poeta con los cambios fundamentales que se producen en su manera de pensar y de escribir.

La fecha de "Niágara" se ha establecido con exactitud, pero no nos ayuda mayormente, puesto que se escribe el poema después, mucho después, del cambio repentino que se adivina en el joven Heredia, el cual pasa de sus composiciones adolescentes a la voz profunda y moderna que lo ha hecho famoso. Se acostumbra

fechar las otras dos composiciones en 1822 y 1820. Son fechas éstas que da Heredia mismo. "En una tempestad" lleva la fecha "septiembre de 1822" en la primera edición de las *Poesías*, de Nueva York de 1825. La edición de 1832, de Toluca, da la fecha "diciembre de 1820", al pie de "En el *Teocalli* de Cholula". Si las fechas fueran exactas, habría que aceptar que los cambios que se producen en el arte de Heredia son lentos, muy lentos, ya que abarcan casi cuatro años, lo que no está muy de acuerdo con el temperamento del cubano ni con la naturaleza misma de los cambios. Se hace difícil concebir una revolución tan larga. También resulta sospechoso que "En el *Teocalli* de Cholula" aparezca entonces como escrito al mismo tiempo que muchas poesías eróticas poco inspiradas. ¿Es posible, se pregunta el lector, que el joven de 16 años en 1820 haya escrito este poema al mismo tiempo que los otros que fecha en 1820 y 1821? ¿Habría que dudar de la palabra del propio autor? La mayor parte de los críticos ha aceptado sin titubear que la fecha dada al pie de "El *Teocalli*" en 1832 es la fecha en que se escribió el poema. Y parecería falta de respeto dudarle.

Sin embargo, es curioso que no se indique fecha alguna en la primera edición, la de 1825, a pesar de que muchas poesías de este libro llevan fecha al pie. Es más, los "Fragmentos descriptivos de un poema mexicano" —que así se titulaba la primera versión— llevan una nota al pie que dice que "este poema se hallará entero en las *poesías americanas*". En la edición de Toluca se le añaden unos 40 versos, pero no hay en estos versos nuevos nada que no pudiera haberse publicado en 1825. Así que habrá que deducir que no había escrito Heredia más que los fragmentos. Aunque, por declaración del mismo Heredia, aparecida en 1828, sabemos que "El autor, que había perdido sus borradores y papeles en la persecución que en 1823 le arrojó de Cuba a las playas del Norte, no tuvo más auxilio que su memoria para la formación de aquel libro, en que tuvo que omitir las poesías patrióticas y filosóficas para que una tiranía suspicaz no le impidiese circular en su patria, y su dedicatoria a un inmediato pariente no le fuera peligrosa".² En la edición de Toluca también se afirma algo parecido acerca de las circunstancias en que se publicó el libro: "La tormenta que me arrojó a las playas del Norte, me privó de los manuscritos, dejándome sin más recurso que mi fatigada memoria."

² Suscripción. *Poesías de Heredia*. 1f. 18q, 4 p., las dos primeras sin paginación; citado por FRANCISCO GONZÁLEZ DEL VALLE, *Cronología Herediana*, La Habana, 1938; p. 231.

Los versos que se añaden al poema no son tales que pudiera haber tenido el joven Heredia que su circulación en Cuba fuera prohibida o acarrease peligros al destinatario de su dedicatoria. De hecho, hay en ellos sólo una crítica de la superstición azteca y su crueldad, lo que parecería realmente favorecer al conquistador cristiano. Habría que aceptar entonces que el poema estaba inconcluso, y no que hubiera olvidado Heredia el contenido de estos versos, porque no podía haberlos olvidado hasta el extremo de creer que serían patrióticos o contrarios a las creencias ortodoxas. Tenía la intención, es evidente, de terminarlo de otra manera, lo que ya indica que era un poema reciente, nuevo quizá en 1825, cuando se añade esta nota; digamos más bien, en 1823 o 1824, porque tardó bastante la preparación y publicación de su primer libro. Quizá, si se quiere, podría haber escrito el poema en Cuba antes de 1823, pero la fecha que se da al pie en la edición de Toluca no parece posible.

No es fácil explicar por qué, después de corregir el poema y añadirle unos cuarenta versos, decide Heredia darnos una fecha. Se ha creído que debía haber una versión anterior del poema, que explicaría la fecha distinta de la de 1825 o la de 1832, pero no se la ha hallado nunca. Creo muy posible que la fecha que se proporciona en la edición de Toluca corresponde no a una versión del poema, sino al primer impulso, el que le da la idea de escribir un poema sobre la reciente experiencia mexicana, y no a la composición del poema, que difiere en todo de la clase de poesía que escribía Heredia en aquel año. Que esto sucede en la vida poética de Heredia se ha insinuado ya con respecto al soneto "Terrible incertidumbre, angustia fiera", que, dice González del Valle, "pudiera ser que se compusiese... mucho tiempo después de haber ocurrido el hecho, a que... se refiere" (*ibid.*, p. 71). Al poner "diciembre de 1820", parece ser que es precisamente esto lo que quiere sugerir Heredia, ya que en este mes es cuando se prepara para salir de México. Es posible que la fecha indique una visita a la pirámide, no la fecha de composición de la obra.

Se habría escrito entonces el poema de que tratamos entre los años 21 y 24, probablemente al mismo tiempo y como resultado de la misma experiencia literaria que produce, entre 1822 y 1824, "Al sol", "En una tempestad", el mismo "Niágara". La experiencia literaria debe de haber ocurrido entonces en Cuba, durante el período inmediatamente anterior a su destierro, ya que el ambiente de México era muy poco favorable a los entusiasmos contemplativos de la poesía de que tratamos. De hecho, el am-

biente mexicano explica la poesía anterior, amatoria e insípida, como demuestra el crítico Chacón y Calvo en un capítulo detallado de su libro.³

Sólo un hecho en la vida de Heredia puede explicar el cambio en su pensamiento literario, puesto que ocurre al mismo tiempo que el cambio de su actitud política, que lo lleva de una familia leal al rey a la conspiración revolucionaria. Y es este hecho la amistad con José Antonio Miralla, que está radicado en La Habana y a quien conoce Heredia durante los años de 1821 y 1822.⁴ Bien conocidas son las palabras cariñosas de Heredia dirigidas a su amigo, y no hay duda de que es éste el único momento en que se pudo fraguar la amistad de los jóvenes. Miralla leía entonces, y traducía, la literatura reciente de Europa, y sirvió como intermediario en las lecturas peligrosas de José María, que no le hubiera permitido su familia. Como resultado tenemos la eclosión poética de unos dos o tres años, el entusiasmo americanista de su verso y de sus conspiraciones, y, luego, el destierro, tras del cual viene la serenidad que se reconquista poco a poco, y la poesía que acaba restringiéndose, enfriándose, olvidándose de los devaneos juveniles que había incitado la ardiente personalidad del amigo.

No se entienda que quiero atribuir el talento de Heredia a Miralla. Heredia es el que escribe. Sólo quiero establecer la relación de Heredia con las lecturas románticas de los escritores del momento o inmediatamente anteriores, para explicar cómo pasa de su niñez y adolescencia, de su manera de escribir y de pensar moldeada por su padre y las lecturas que éste le imponía —o las lecturas del ambiente neoclásico mexicano— a la manera nueva que tiene más vigor y más libertad porque, precisamente, se le ha contagiado al joven Heredia la pasión de un ambiente nuevo.

Creo que queda señalado para futuro estudio de detalle el origen del romanticismo de Heredia, o, para ponerlo en palabras más exactas, la posición inicial de Heredia en el período romántico de las letras españolas. Nos queda por averiguar, aunque sólo sea rápidamente, qué significado tuvo para el futuro de la poesía española esta aventura juvenil de Heredia, que se exterioriza en la publicación de su primer libro en Nueva York. Entiéndase que no nos preocupa ahora la continuidad de la obra de Heredia en la tradición de la lengua, ya que para ello habría

³ CHACÓN y CALVO, *Estudios heredianos*, La Habana, 1939; p. 37-44.

⁴ Para los detalles de esta amistad, cf. FRANCISCO J. PONTE DOMÍNGUEZ, *José Antonio Miralla y sus trabajos*, La Habana, 1960; p. 110.

que considerar además la edición de 1832 y otras numerosas ediciones y poesías varias y, en fin, todo lo que significa Heredia en la literatura posterior. Por vasto y claro, este tema no requiere detallado estudio. Pero la reacción inmediata al primer volumen de versos de Heredia constituye un hecho histórico que da forma al romanticismo en el mundo hispánico. Y dentro de la reacción total es de extremo interés un hecho local que tendría más tarde repercusiones en todo el mundo de habla española.

Hacia fines del año 1825 se recibe en Londres el libro publicado en Nueva York. Se escribe sobre él, se lee, se reproducen varias de sus poesías. Un artículo de los *Ocios de emigrados españoles* del 21 de diciembre de 1825 lo presenta al público mediante el comentario y la reproducción de fragmentos de sus poesías.⁵ Andrés Bello lo alaba un poco más tarde en su *Reperitorio americano*. Parecida recepción se le da en España. El mismo Heredia recuerda más tarde que "El célebre Lista se excedió hasta calificarme de *un gran poeta*";⁶ cita ésta en que se trasluce tanto la humildad como el orgullo del gran cubano.

Nótese, de paso, que, si Andrés Bello puede alabar y luego seguir al cubano, como lo hace en la "Silva a la agricultura de la zona tórrida", habrá que decidirse a aceptar que estamos en pleno romanticismo americano. Que se haya estudiado la producción de Bello como ejemplo del neoclasicismo anterior sólo prueba la falta de sentido histórico que prevalece en los estudios de literatura hispánica. Al ver la personalidad de Bello como parte de su época romántica, se ha de cambiar también la visión trunca de su obra y de la historia literaria posterior en Chile.

Viven en Londres otros escritores hispanoamericanos y españoles. Entre ellos, vive en Londres, desde fines de 1827 a fines de 1828, un joven español que ha escrito ya un conato de poema épico sin asomo de inspiración.⁷ Y el joven José de Espronceda escribe en Londres un poema "Al sol", con subtítulo "Himno", y una elegía "A la patria". Ciertos parecidos que voy a indicar inmediatamente sirven de base a la creencia de que Espronceda aprendió en Londres —en la obra de Heredia— a adaptar las novedades de entonces a la lengua española. No digamos que Espronceda y el romanticismo español le deben su existencia a Heredia, como el modernismo en España está en deuda nunca

⁵ *Ocios de españoles emigrados*, Londres, diciembre, 1825; pp. 516-520.

⁶ JOSÉ MARÍA DE HEREDIA, *Poesías*, Toluca, 1832; p. 4.

⁷ JOSÉ CASCALES MUÑOZ, *José de Espronceda, su época, su vida, y su obra*, Madrid, 1914; pp. 84-85.

debidamente apreciada para con Rubén Darío y sus predecesores en América. Pero sí, que en la adaptación de la lengua a la nueva sensibilidad, Heredia, como Martí y Darío más tarde, señaló la ruta a un poeta español, que la siguió para hallar a través del cubano su propia originalidad.

Es obvio que el poema "Al sol" de Espronceda deberá ser el que más claramente muestre su deuda para con el cubano, ya que se escribe en Londres, probablemente poco después de haber conocido la obra de Heredia, y durante un período juvenil de asimilación en Espronceda, que contaba entonces unos veinte años.

Pára y óyeme ¡oh sol! yo te saludo
 y extático ante ti me atrevo a hablarte
 ardiendo como tú mi fantasía
 arrebatada en ansia de admirarte,
 intrépidas a ti sus alas guía.
 ¡Ojalá que mi acento poderoso,
 sublime resonando,
 de trueno pavoroso
 la temerosa voz sobrepujando,
 ¡oh sol! a ti llegara
 y en medio de tu curso te parara.
 ¡Ah! si la llama que mi mente alumbra,
 diera también su ardor a mis sentidos,
 al rayo vencedor que los deslumbra,
 los anhelantes ojos alzaría
 y en tu semblante fúlgido atrevidos
 mirando sin cesar los fijaría.

El comienzo del poema de Espronceda parece eco de dos momentos parecidos en la obra de Heredia, uno en el que saluda al sol y el otro en el que se establece la grandeza intelectual que permite al hombre dirigirse a las grandes fuerzas naturales en términos de igualdad. Si se tienen presentes estos diecisiete versos con los que introduce Espronceda su "Himno" —es subtítulo del propio poeta—, se notará en la ampulosidad del joven la inseguridad de la imitación, en contraste con la certeza del maestro cubano, que había dicho en "Al sol":

Yo te amo, Sol: tú sabes cuan gozoso,
 cuando en las puertas del oriente asomas,
 siempre te saludé.

Palabras que corresponden también al verso decimoctavo de la poesía de Espronceda: "¡Cuánto siempre te amé, sol refulgente!"

El atrevimiento del español repite, al menos, el sentido de un pasaje de "Niágara":

Yo digno soy de contemplarte: siempre
lo común y mezquino desdeñando,
ansié por lo terrífico y sublime.

Además de estos parecidos y de cierta semejanza general en el vocabulario, hay dos pasajes de Espronceda que recuerdan trozos de "En el *Teocalli* de Cholula", o, mejor dicho, de los "Fragmentos descriptivos de un poema mexicano", como se llamaba el poema en la versión que debió de haber leído Espronceda:

¡Cuántos siglos sin fin, cuántos has visto
en su abismo insondable desplomarse!
¡Cuánta pompa, grandeza y poderío
de imperios populosos disparse!

Heredia ya había escrito:

Pueblos y reyes
viste hervir a tus pies, que combatían
cual hora combatimos, y llamaban
eternas sus ciudades, y creían
fatigar a la tierra con su gloria.
Fueron: de ellos no resta ni memoria.

De la misma manera una idea del poema de Heredia parece insinuarse en el mismo poema "Al sol" de Espronceda más tarde:

¿Quién sabe si tal vez pobre destello
eres tú de otro sol que otro universo
mayor que el nuestro un día
con doble resplandor esclarecía?!?!

Idea que cambió mucho en la redacción posterior de "El *Teocalli*", que mejoró la versión original (al contrario de lo que se cree, en el sentido de que las correcciones de Heredia fueron siempre infaustas), pero que ya se expresa claramente en 1825:

¿Quién afirmarme
podrá que aqueste mundo que habitamos
no es el cadáver pálido y deforme
de otro mundo que fue...?

En la obra posterior de Espronceda esta influencia se diluye, puesto que alcanza su propia voz el poeta español y parece olvidarse de un momento juvenil en medio de su tormentosa vida. Quizá se pueda establecer un parecido, sin embargo, entre el "Himno a la eternidad" del Canto I de *El diablo mundo*:

Salve, llama creadora del mundo,
lengua ardiente de eterno saber;
puro germen, principio fecundo
que encadenas la muerte a tus pies

y un fragmento del "Himno al sol" de Heredia, que comienza

Salve, padre de luz y de vida
centro eterno de fuerza y calor!

El parecido puede muy bien ser fortuito, en este caso, porque el "Himno al sol" se publicó en la edición de Toluca de 1832, y no sabemos si Espronceda llegó a leerlo. Pero este problema no es parte del que nos habíamos propuesto: establecer la posición de Heredia en el romanticismo hispánico a través de las *Poesías* publicadas en Nueva York en 1825. Parece claro que este libro inicia el romanticismo de la lengua en ambas orillas del océano; repercute la voz del cubano en la poesía de Bello y en la de Espronceda, que aprenden en su fogoso verso a adaptar el entusiasmo de Osián y de la libertad que le había transmitido a Heredia su amigo Miralla. De esta manera se puede empezar a establecer la función histórica del pequeño volumen de poesías publicado por Heredia y saludado por Lista, quien tuvo, como Juan Valera más tarde, la intuición de un valor muy distinto y muy nuevo llegado de ultramar.

BERNARDO GICOVATE

Tulane University.